

PERSPECTIVAS CLÁSICAS Y CONTEMPORÁNEAS SOBRE LA ESTRATIFICACIÓN SOCIAL. APORTES DEL ANÁLISIS DE CLASE Y DE LA PERSPECTIVA DE LAS ELITES PARA EL ESTUDIO DE LOS ESTRATOS SUPERIORES

Rodolfo Iuliano

Emplear la terminología de las “clases” es siempre y lógicamente participar de una *transacción* social. Así, si uno le asigna a alguien la pertenencia a una clase, con ello e *ipso facto* está también asignándose a sí mismo y asignándole a su interlocutor la pertenencia a una determinada “clase”. Emplear la terminología de “clases” es un *acto* social y (desde el punto de vista nocional) es entrar en relaciones sociales con otros. Además, por lo menos en el sistema de “clases” inglés, implica expresar un juicio de valor. Porque ¿qué es sino un juicio de valor declarar de los demás o de uno mismo que tal es socialmente “superior” o “inferior”, que pertenece a la clase “alta”, a la “media” o a la “baja” (o “trabajadora”)² (Estos hechos son, como sostendré luego, los que posiblemente impulsen a historiadores y sociólogos a tratar de evitar esta terminología; porque ¿cómo podría un historiador o un sociólogo estar expresando juicios de valor sociales?)³.

P. N. Furbank, *Un placer inconfesable o la idea de clase social*, 2005.

INTRODUCCIÓN

Las interrogaciones en torno a los actores, espacios y procesos sociales situados en la zona superior de la estructura social han sido problematizados o

Este artículo recoge parte del trabajo que he llevado a cabo en mi tesis de maestría. Una versión anterior fue discutida en las Jornadas Nacionales sobre Estudios Regionales y Mercado de Trabajo organizadas por la Red SIMEL y el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) en junio de 2010. Quiero agradecer especialmente los comentarios de Eduardo Chávez Molina y de todos aquellos –cuyos nombres no puedo detallar aquí por razones de espacio– que han hecho su aporte a este trabajo.

Rodolfo Iuliano es Licenciado en Sociología (UNLP), Magister en Ciencias Sociales (UNLP), candidato a Doctor en Antropología Social (Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES)-UNSAM). E-mail: rodolfoiuliano@gmail.com

analizados desde al menos dos ópticas: la perspectiva de las clases sociales y la perspectiva de las elites.

Como el estudio de los objetos empíricos en ciencias sociales depende en buena medida de la concepción de las diferencias sociales que asuma el investigador, en el primer apartado de este trabajo analizamos los supuestos de los cuales se derivan las dos principales perspectivas de clase: la relacional y la gradacional. A su vez, situados en una de las más importantes revisiones de la perspectiva de clase de la segunda mitad del siglo XX, procuramos dar cuenta del énfasis crítico que el paradigma posindustrial puso sobre el análisis de clase. Por otra parte, el presente artículo aborda críticamente el aporte de la perspectiva clásica de las elites y de algunos intentos de articulación entre dicho enfoque y la perspectiva de clase, en función de la elaboración de un marco de análisis de los objetos y problemas relativos a los estratos superiores.

Estas perspectivas clásicas fueron revisadas y reelaboradas hacia fines del siglo XX, operación que retomamos en el segundo apartado. Neomarxistas y neoweberianos reelaboraron un dispositivo de análisis de las diferencias sociales revisando los paradigmas clásicos a la luz de las transformaciones en la estructura social de los países desarrollados de la segunda mitad del siglo XX, ofreciendo nuevas representaciones sobre las categorías sociales encumbradas, cuyos contrastes cobraban forma a partir del lugar explicativo que cada corriente le daba a la propiedad o al control de los recursos económicos.

Junto a estas reelaboraciones de la tradición clasista, fueron configurándose las revisiones críticas provenientes del contexto francés, tanto por la vía bourdieuana como por la vía touraineana. Consideraremos sumariamente a estos desarrollos, prestando especial atención, por un lado, al programa bourdieuano de superación del dualismo objetivismo-subjetivismo y, por otro lado, al diagnóstico posttouraineano –elaborado a partir de la recepción de las tesis de Touraine (1969) sobre la sociedad posindustrial– referido a la tendencial escisión entre dominación y estratificación social, en el contexto histórico del declive de las instituciones y de la disolución de la idea de sociedad.

El artículo concluye abordando algunas problematizaciones desarrolladas dentro de la bibliografía reciente sobre elites, con el fin de recuperar ciertos elementos analíticos valiosos para el estudio de los estratos superiores. En este sentido, intentamos remarcar el aporte de los enfoques que ponen énfasis, no tanto en las dinámicas de reproducción como en las de reconversión, recomposición –e incluso disolución– operantes entre los grupos de elite y los estratos superiores.

En las líneas que siguen, más que hacer una exégesis exhaustiva de las diferentes perspectivas y posiciones sobre los fenómenos de las clases sociales y las elites, intentamos poner de relieve una serie de elementos que nos permitan encuadrar ángulos de visión productivos, a los fines de abordar los objetos de investigación situados en la cúspide de la estructura social. El encuentro de estos ángulos de análisis con los diferentes objetos de investigación representa un

terreno privilegiado para la exploración empírica de los temas aquí abordados, a la vez que una instancia necesaria para validar buena parte de lo expuesto.

PERSPECTIVAS CLÁSICAS EN TORNO A LAS CLASES SOCIALES Y LAS ELITES

Las perspectivas sobre las clases sociales han sido clasificadas, en función del atributo valorado como estructurante de la diferenciación social, en perspectivas gradacionales y perspectivas relacionales (Wright, 1978 y 1997, pp. 27-34). Las primeras estructuran las diferencias de clase en torno a la distribución cuantitativa de la renta o del prestigio; las relacionales, en cambio, establecen las definiciones de clase en términos cualitativos, a partir de las posiciones diferenciales que los agentes ocupan en la estructura de relaciones sociales, de modo que las clases no son percibidas como unidades discretas sino en su reciprocidad (Feito Alonso, 1997, pp. 30-31). Dentro de estas perspectivas, las clases son un sistema de definiciones relacionales en la medida en que cada una se constituye en relación con la otra.

Siguiendo a Giddens (1994), vemos que el concepto relacional de clase social en su versión marxista no solo comprende una mirada de totalidad social sino que es explicativo de la misma, mientras que en su versión weberiana la perspectiva de clase es un principio de estructuración de las diferencias que convive con otros, como el principio del estatus o el principio de la profesión (Weber, 1996, pp. 242-248, 682-694). De todos modos, la multiplicación weberiana de los principios articuladores de las diferencias sociales no implica un abandono de la preocupación por la totalidad, ya que para el autor la totalización cognoscible de la sociedad en el capitalismo puede darse precisamente bajo la lógica de las clases sociales, de los grupos de estatus o de los partidos políticos de forma históricamente variable.

Otra diferencia entre las dos perspectivas se refiere al papel del investigador en la definición de la clase: en las perspectivas gradacionales la estructura social es concebida como un agregado de estratos o capas recortadas de un continuo por el investigador, mientras que para las perspectivas relacionales la estructura social se compone de grupos diferenciados realmente existentes que el investigador se limita a representar (Del Cueto y Luzzi, 2008, p. 11). A partir de estas definiciones sobre la existencia real de las clases sociales, estas perspectivas difieren en el grado de productividad social atribuido a las mismas: mientras que para el enfoque gradacional los estratos sociales son construcciones abstractas, organizadas para el análisis del investigador, en el enfoque relacional las clases sociales expresan y producen a su vez diferentes identidades, moralidades, estilos de vida, conciencia, subjetividades, etc. Esta representación de la estructura social como una trama de posiciones relacionadas en torno a las cuales pueden establecerse afinidades con identificaciones, categorías culturales o estados de conciencia ha suscitado una serie de análisis relativos a las caracte-

rísticas de esas relaciones, al grado de determinación o de homología entre esas dimensiones.

Un conjunto de autores señalan la importancia de incorporar a estas dos perspectivas sobre las clases sociales la perspectiva nativa (entre otros, Del Cueto y Luzzi, 2008, p. 12; Visacovsky y Garguin, 2009, p. 13). En efecto, al lado de esas definiciones objetivas de las clases y de los estratos sociales, las ciencias sociales comienzan a señalar la relevancia analítica de estudiar las clasificaciones que los propios sujetos realizan de su posición social y de la de otros miembros de su comunidad, de modo de integrar analíticamente el sistema de diferencias “objetivas” con las representaciones subjetivas sobre esas diferencias. En definitiva, se pone de manifiesto la importancia de interrogarse sobre los fenómenos de diferenciación y estratificación social a partir de restituir el estatuto explicativo de las categorizaciones nativas, sin renunciar por ello a una perspectiva de totalidad social.

La expresión más acabada del gradacionismo es la de la estratificación social heredera del estructural-funcionalismo norteamericano, donde la desigualdad de posiciones se explica por la diferencia de recompensas sociales distribuidas entre las múltiples actividades. Los estratos no son concebidos como espacios de lazos sociales o comunitarios, sino como construcciones estadísticas, y la estructura de estratificación es concebida en términos de su multidimensionalidad, donde ningún atributo puede ser reducido a otro (Feito Alonso, 1997, p. 32).

Junto con la hegemonía de la perspectiva de la estratificación social que conoció la sociedad del bienestar de los años 50 y principios de los 60 y del relativo reflujo de las teorías relacionales de las clases sociales, fue tomando forma otro enfoque alternativo a la teoría relacional de las clases sociales. Las teorías de la sociedad posindustrial (entre otros, Bell, 1986 y Touraine, 1969) desarrollaron una imagen que relativizaba el lugar estructurante de la burguesía, resaltando el papel cada vez más orientador del proceso social de los actores técnicos, científicos y culturales. A diferencia de las perspectivas funcionalistas de la estratificación social, esta impugnación del enfoque clasista no parte de la premisa del orden social, sino del conflicto, y sostiene la existencia de la dominación social pero enfatizando que ha sobrepasado las fronteras de la vida económica hacia la totalidad de la vida social. En este sentido, el imaginario que producían y reproducían las perspectivas posindustriales hacia fines de los 60 y principios de los 70 era un imaginario de integración social, y partía del supuesto de una tendencia creciente a la formación de sociedades de clase media ampliada, donde se superaría el momento económico material y la sociedad pasaría a estar organizada en torno al eje del conflicto posmaterial. Así, una serie de mecanismos conseguirían desactivar los movimientos que atacaban las bases del sistema, habilitando la proliferación de demandas, intereses y conflictos sectoriales singulares, que disputaban diferentes segmentos o dimensiones de la historicidad del proceso social.

Como adelantáramos al comienzo, el estudio de los actores y procesos que operan en las alturas de la estructura social ha sido enfocado también desde la perspectiva de las elites. La noción de elite es una herencia sociológica de Pareto y Mosca y, con algunas salvedades axiológicas, permite trabajar con actores ubicados en posiciones sociales e institucionales privilegiadas sin que esto implique el grado de articulación de una clase y dando cuenta de la dimensión jerárquica o asimétrica que pueden asumir las relaciones sociales independientemente del “sistema político” o del “modo de producción”.

Los desarrollos de esta perspectiva ligaron al repertorio de representaciones eruditas sobre el papel social de las elites la conocida “ley de hierro de las oligarquías” postulada por Robert Michels (Burnham, 1945, p. 204), según la cual, tanto en los sistemas modernos y democráticos como en los regímenes monárquicos, la toma de decisiones queda en manos de un grupo selecto, es decir de una elite. En franca polémica teórico-política con el socialismo y oponiendo la noción de elite a la de clase social (Bottomore, 1965, pp. 7-28), los elitistas sostienen que las elites son autoproductivas y, a su vez, productoras de la sociedad. En definitiva, se dibuja una representación donde aquella materia social que no está dentro de los contornos de las elites es identificada como una materia residual.

En el marco de las perspectivas de las elites, pero desde un ángulo crítico que busca restituir elementos del análisis de clase al estudio de las elites, Wright Mills sostiene que “para comprender la elite como clase social, tenemos que examinar toda una serie de pequeños ambientes en que las personas se tratan íntima y directamente, el más obvio de los cuales, históricamente, ha sido la familia de clase alta, pero los más importantes de los cuales son actualmente la escuela secundaria y el club” (Wright Mills, 1978, p. 22). El autor establece una diferencia entre “minoría poderosa” o “minoría del poder” –que estaría constituida por aquellos que ocupan las más altas posiciones de la sociedad– y “consultores del poder” –es decir, la capa inmediatamente inferior constituida por asesores, portavoces, creadores de opinión– que también “forman parte del escenario inmediato en que se representa el drama de la minoría” (Wright Mills, 1978, p. 12). Esta perspectiva se destaca porque permite conceptualizar a la elite como un conjunto de agentes que ocupan posiciones de influencia en las diversas esferas sociales y que son capaces de influir tanto en los destinos de contingentes sociales más amplio como en su experiencia simbólica a través del control de los “medios de orientación” (Elias, 1993). Esta concepción de la elite pone en valor el elemento de imputación exterior, donde la elite es más bien una categoría social y no tanto un grupo social, en la medida en que los elementos de autoadscripción no asumirían una centralidad en esta definición.

La tesis de la “elite del poder” presentada por Wright Mills (1978) ha sido muy criticada por sobreestimar el elemento integrador y la armonía que reinaría dentro de los círculos sociales selectos. La representación que el autor elabora presenta una elite estructurada en función del consenso y la coopera-

ción, invisibilizando los elementos de conflicto, tensión y desacuerdo que con frecuencia enfrentan a determinados segmentos y grupos de elite (Giddens, 1994, p. 199).

A partir de una sistematización del repertorio de categorías acuñadas en el marco de la perspectiva de las elites, se ha puesto en evidencia la necesidad de analizar los sentidos diferenciales atribuidos a estas categorías (Giddens, 1994, pp. 136-137). Vale la pena señalar en este punto la productividad del esquema de análisis que sugiere Giddens en su clásico trabajo sobre la estructura de clases en las sociedades avanzadas, donde, a través de una inflexión weberiana, articula la noción de clase social con la noción de elite, pero despojando a esta última del componente fatalista y ahistórico constitutivo de las teorías clásicas de las elites. En efecto, sin renunciar a un marco relacional para el análisis de las clases sociales, Giddens argumenta a favor de la necesidad de pensar el modo en que se procesa el reclutamiento y la movilidad social desde diferentes posiciones de la clase alta hacia las posiciones específicas de elite, entendidas como las posiciones que se encuentran a la cabeza de las diferentes actividades económicas, políticas, culturales, etc. (Giddens, 1994, pp.137, 190).

ANÁLISIS DE CLASE Y PERSPECTIVAS DE LAS ELITES REVISITADOS

Las perspectivas de clase han sido revisadas y reelaboradas desde enfoques neomarxistas (entre otros, Poulantzas, 1977 y Miliband, 1991) y neoweberianos (entre otros, Darhendorf, 1979 y Parkin, 1984). Dentro de estas reelaboraciones se destacan los trabajos de Wright (1992, 1994 y 1997) y Goldthorpe (Goldthorpe 1987 y 1992 y Goldthorpe y Erikson, 1992) no solo por el grado de legitimidad que sus propuestas han conquistado entre los investigadores que abordan empíricamente los fenómenos referidos a la estructura social, las clases sociales y la movilidad social, sino por el grado de performatividad de sus cuadros de análisis en relación con ese campo de investigaciones empíricas.

Estos autores reconceptualizaron las categorías de la diferenciación social a la luz de los cambios históricos acontecidos en el capitalismo contemporáneo, pero conservando los supuestos teóricos heredados de los modelos relacionales y gradacionales clásicos (Feito, 1997, p. 79). Los conocidos modelos de Wright (1994 y 1997) procuraron dibujar un esquema de análisis que contemplara tanto la diferenciación por la posición de control de los medios de producción como aquella derivada del control de los medios de organización/dirección y de la acumulación de credenciales educativas. Sin embargo, al desarrollarse dentro de una matriz relacional (y agonística), este modelo es reconocido como neomarxista porque no considera aleatorio el orden de determinación de estas tres dimensiones, sino que atribuye a la diferenciación por propiedad un valor explicativo mucho mayor que el que atribuye a la diferenciación por dirección o por cualificación.

Por su parte, los modelos desarrollados por Goldthorpe (Goldthorpe, 1987 y Goldthorpe y Erikson, 1992) tienden a elaborar una representación de la diferenciación social en donde el vector de la propiedad asume una misma jerarquía explicativa que el vector del conocimiento/cualificación, motivo por el cual este cuadro de análisis es identificado como neoweberiano. Se dibuja así un esquema de clases sociales donde las diferencias ya no se explican en términos del lugar ocupado dentro de las relaciones de producción, sino de acuerdo con la distribución desigual, aunque no necesariamente conflictiva, de determinados atributos.

Estas diferencias se ponen especialmente en evidencia si prestamos atención al modo en que estos autores elaboran las representaciones de las clases altas en las sociedades capitalistas contemporáneas: mientras que para Wright la “burguesía” conforma una clase diferenciada respecto de los altos directivos y ejecutivos en la medida en que los separa la frontera de la propiedad (Wright, 1994), Goldthorpe conceptualiza a la clase alta como “clase de servicio” dentro de la cual amalgama tanto a los grandes empleadores como a los grandes directivos y profesionales de empresa, derribando la frontera de la propiedad (Goldthorpe, 1992).

De todos modos, estos abordajes diferenciales en torno al estudio de las clases sociales no implican que los autores formulen sus perspectivas de manera irreconciliable en todos los aspectos. Por el contrario, algunos trabajos más recientes ponen en evidencia intentos de confluencia, como puede leerse en un artículo de Goldthorpe donde explicita los supuestos compartidos con Wright en relación con una definición sociológica del concepto de clase: “la segunda oposición que deseo discutir es aquella entre un énfasis en atributos individuales y un énfasis en relaciones sociales al pensar acerca de las clases. Aquí nuevamente, estoy claramente del mismo lado de la barricada que Erik Olin Wright” (Goldthorpe, 2008, p. 351).

A la vez que fundamenta su perspectiva relacional de las diferencias de clase, Goldthorpe insiste en la necesidad de definir las fronteras del concepto de clase social, para evitar los usos que explican una multiplicidad de diferencias sociales en función de las diferencias de clase (Goldthorpe, 2007 y 2008, p. 350). En esta línea puede situarse su proyecto reciente de trabajar con las diferencias de clase en relación con las diferencias de estatus, de modo de poder abordar los distintos objetos de investigación de acuerdo con el campo social en que se inscriban. Así, siguiendo un camino de marcada orientación weberiana, se concibe que el principio de diferenciación tiene un componente empírico ineludible y depende fuertemente del tipo de actividad a la que se aboquen los sujetos: las diferencias de clase se manifiestan más fuertemente en el campo económico, en tanto que las diferencias de estatus se revelan más enfáticamente en el campo de los consumos culturales (Goldthorpe y Chang, 2007).

En la misma dirección que Goldthorpe se expresa Wright en diversas oportunidades (Wright, 1997, 2005, p. 18 y 2008, p. 338), remarcando que la

principal identificación entre las perspectivas neoweberianas y neomarxistas de análisis de clase apunta a subrayar una definición fuertemente social de las clases, por oposición a las definiciones por atributos u opciones individuales, en definitiva, las gradacionales. Sin embargo, el autor insiste en mostrar que aún hoy se mantiene vigente una diferencia sustantiva entre los marcos de análisis de las perspectivas de inspiración marxista y aquellas de inspiración weberiana: el énfasis en la dimensión de la explotación y dominación se evidencia más fuertemente en las primeras que en las segundas (Wright, 2008, pp. 333, 341). Esto se debe a que, en contraposición con las perspectivas neoweberianas cuya apuesta explicativa de las diferencias de clase gira en torno a los mecanismos de cierre social y de control de oportunidades relativas a las diversas ocupaciones (Wright, 2008, p. 340), los neomarxistas mantienen al posicionamiento de los sujetos en el sistema de relaciones de producción como vector central de explicación de las clases sociales. La atribución de valor analítico y explicativo a dicho posicionamiento es lo que, de acuerdo con el autor, habilita al análisis de clase de cuño marxista, porque ofrece una explicación objetivamente fundamentada de la dimensión de la dominación y la explotación, entendida en función del control diferencial de clase sobre el esfuerzo y el trabajo (Wright, 2005, pp. 16-19, 23).

Recientemente, Wright ha fundamentado la posibilidad de construir una perspectiva integradora para el análisis de clase, es decir, de ajuste de las premisas de las diferentes tradiciones de investigación para habilitar un ensamble recíproco y superador: la tradición ligada a la perspectiva de la estratificación tiene la cuenta pendiente de incorporar una perspectiva estructural capaz de percibir un sistema de posiciones que antecede, y en buena medida determina, a las trayectorias individuales; por su parte, la tradición weberiana, al elaborar la distinción entre un principio de explicación estructural y uno individual, estaría en muy buenas condiciones para incorporar a su análisis un elemento considerado como valioso: la dimensión de la explotación y la dominación como dominio regulador de las relaciones de clase; y finalmente, la tradición marxista tiene en su haber tanto la matriz de análisis relacional como la puesta en valor de la dimensión de la explotación y la dominación en tanto estructurante de las diferencias de clase, pero se enfrenta al desafío de asumirse, en una inflexión pragmática, como un programa de investigación concreto, renunciando en alguna medida a su autoimagen hipertrofiada –es decir, a la clásica representación del marxismo como clave explicativa de la totalidad, como paradigma definitivo de comprensión de lo social (Wright, 2009, pp. 10-11).

Estos abordajes estructurales resultan un aporte importante para la elaboración de una perspectiva de análisis sobre las prácticas y los espacios de sociabilidad de las clases altas y de las elites, en la medida en que nos permiten mapear empíricamente a las categorías sociales que se recortan en la cúspide de la sociedad, dentro del marco más amplio de la estructura social, ofreciendo elementos significativos para enmarcar y dimensionar las clasificaciones, experiencias y operaciones identificatorias producidas por los agentes en ese mundo de la práctica.

Uno de los esfuerzos analíticos más fructíferos en la tarea de superar el dualismo objetivismo-subjetivismo en el análisis de los fenómenos sociales en general, y de las clases sociales en particular, ha sido el desarrollado por Bourdieu en torno a su *teoría de la práctica* (Bourdieu, 1991).¹ Bourdieu analiza la problemática de las clases sociales a partir de dos dimensiones fundamentales: una epistemológica y otra sociológica. En cuanto a la dimensión epistemológica, propone una diferenciación entre las nociones teóricas que construye el investigador (“clase en el papel”) y los grupos históricos operantes en el mundo social (“clase real”) (Bourdieu, 1990). En el orden del análisis sociológico, ofrece una interpretación sobre el fenómeno de las clases sociales “reales” en términos positivos, dejando de lado el énfasis normativo que embarga a los análisis más frecuentes provenientes del campo de estudios marxistas. Las nociones de “clase sociológica” y “clase en el papel” enfatizan el carácter construido del concepto de clase, en tanto clasificación diseñada por el investigador que permite analizar e incluso prever las prácticas de un grupo empírico determinado. Este grupo podría denominarse “clase probable”, pues existen elementos teóricos que permiten suponer que los agentes representados por el concepto serán más propensos a tomar determinados rumbos de acción que otros agentes que no reúnen las características fenomenológicas de aquellos. Cuando esto ocurre, podemos hablar de “clase real” y, de este modo, designar a un grupo de agentes que comparten determinados atributos y que se encuentran efectivamente movilizados en tanto grupo.

Esta propuesta teórica entra en tensión con los análisis marxistas que toman a la clase sociológica como una clase fenoménica, como si el concepto existiera en el plano real –con esto no estamos sosteniendo que una construcción teórica como la de “clase en el papel” no sea una entidad real, sino que acaece en un plano diferente al de las prácticas, es decir, que tiene existencia real en el plano simbólico–. “La validez misma de la clasificación [en el papel] amenaza con incitar a percibir las clases teóricas, agrupaciones ficticias que sólo existen en la hoja de papel, por decisión intelectual del investigador, como clases reales, grupos reales, constituidos como tales en la realidad.” (Bourdieu, 1997, p. 22).

En este sentido, un buen ejemplo son las proposiciones que aparecen en la obra de Lukács *Historia y conciencia de clase* (1969), donde se define a priori a un conjunto de actores (el proletariado) como clase. Luego, se le atribuye la facultad de redimir al colectivo en su totalidad, bajo el supuesto de que la clase expresa en sus condiciones de existencia el paroxismo de la explotación. Finalmente, al no observarse fenoménicamente que el proletariado encarna el cambio social redentor, se ofrece una explicación *ad hoc* fundada en el argumento de la falsa conciencia, que abre la puerta a la aparición necesaria de una vanguardia portadora de la verdad redentora. Pues bien, este tipo de circularidades normativas

1 En una dirección muy próxima se orientan los conocidos trabajos de Giddens (2006) sobre la teoría de la estructuración, que por cuestiones de espacio no vamos a desarrollar aquí.

son las que Bourdieu confronta con su propuesta analítica, que, en los propios términos del autor, intenta romper con los análisis sustancialistas (que asumen que la condición de clase es esencial al sujeto, más que el emergente de una trama relacional), economicistas (que reducen la condición de clase a una posición en el campo económico) y objetivistas (que desconocen las operaciones políticas y simbólicas necesarias para la constitución de la clase) (Bourdieu, 1990). “Las clases sociales no existen (aun cuando la labor política orientada por la teoría de Marx haya podido contribuir, en algunos casos, a hacerlas existir por lo menos a través de las instancias de movilización y de los mandatarios). Lo que existe es un espacio social, un espacio de diferencias, en el que las clases existen en cierto modo en estado virtual, en punteado, no como algo dado sino como algo que se trata de construir.” (Bourdieu, 1997, p. 25).

De este modo, Bourdieu amonesta al positivismo objetivista de Marx acercándose a una perspectiva de clase más bien procesual y constructivista como la thompsoniana (Corcuff, 2009), según la cual las condiciones materiales nunca determinan completamente la conformación de las clases sociales, sino que se encuentran mediadas por un conjunto de prácticas y vivencias significativas, que Thompson elabora con su categoría de *experiencia* (Thompson, 1989).

En la perspectiva de Bourdieu, la limitación de ciertos reduccionismos marxistas habría radicado en deducir de la comunión de condicionamientos de un grupo una identidad de grupo y la existencia de una unidad de grupo. La clase no existe espontáneamente sino que demanda un trabajo de presentación y manifestación política con el objeto de constituir al grupo a nivel simbólico, trabajo usualmente encarnado por los responsables del grupo.

En definitiva, siguiendo a Weininger, podemos sostener que la elaboración bourdieuana del análisis de clase implica la puesta en valor del elemento simbólico en la producción de las diferencias de clase, por el camino de las políticas de clasificación que contribuyen, por un lado, a construir las fronteras grupales e identitarias, y por otro, a estructurar jerarquías entre dichos agrupamientos (Weininger, 2005, pp. 142-144).

El modelo de análisis de clase de Bourdieu ha sido revisado y discutido desde distintos ángulos, entre los cuales se destaca el planteo en perspectiva postouraineana expresado por Dubet y Martuccelli (2000) quienes señalan que, desde la perspectiva de Bourdieu, las clases sociales son concebidas como el “espacio de espacios” pero rara vez ingresan empíricamente en los trabajos de investigación, y cuando lo hacen funcionan como una última instancia de los *habitus* y los campos, cuyo determinante preponderante tiende a ser el capital económico (Dubet y Martuccelli, 2000, p. 124). Por otra parte, estos autores sostienen que la noción de *habitus* amplió tanto su referencialidad para dar cuenta de una multiplicidad de determinantes de la práctica que terminó por desdibujarse la dimensión de clase, el *habitus de clase*, en sentido estricto (Dubet y Martuccelli, 2000, p. 124).

Finalmente, asumiendo la eficacia generalizada del proceso de individuación inicialmente teorizado por Dumont (1987), Dubet y Martuccelli sostienen que la tesis bourdieuana de la homología entre prácticas culturales, gustos personales y posiciones de clase induce a una minusvalía analítica para abordar el estudio de los fenómenos sociales contemporáneos, dada la múltiple inscripción social y la creciente movilidad de los individuos entre diversos espacios sociales y variadas adscripciones identitarias.

Esta inflexión touraineana de la sociología francesa está en consonancia con los aportes realizados por un conjunto de trabajos que han abordado un fenómeno de especial interés para el presente artículo: el debilitamiento del principio explicativo de las clases sociales, cuyo valor como principal vector de explicación de las diferencias y los conflictos sociales debería circunscribirse a un determinado tipo de formación social y a determinado contexto histórico, es decir, al capitalismo industrial como se lo conoció hasta mediados de siglo XX (entre otros, Pakulski y Waters, 1996; Pakulski, 2005 y Clark y Lipset, 2001).

En esta dirección, y partiendo del diagnóstico del declive de las instituciones y de la idea misma de sociedad, Dubet y Martuccelli han elaborado una crítica profunda en torno a la estructura de clases y a los análisis de clases que comprende. Estos trabajos sostienen que la explicación clasista de las diferencias sociales ha perdido materialidad dado que la matriz social que la sustentaba se ha desdibujado. En ese sentido, como el análisis de clase parte de la postulación de un sistema social de dominación, y el acontecer ha conducido a la multiplicación de los conflictos y a la disolución de la dominación sistémica como una unidad, en la actualidad los criterios de estratificación no remiten mecánicamente a una estructura de dominación. Es decir, que las clases y los conflictos de clase ya no funcionarían como un camino analítico-explicativo de la estructuración de la sociedad y de sus conflictos centrales (Dubet y Martuccelli, 2000, pp. 93-125). “Las clases sociales, que eran en su comienzo y en un solo y mismo movimiento lo que había que explicar y el principio de explicación, pierden esta capacidad en la medida en que se está en presencia de una complejización de la diferenciación social, de la difusión de ciertos modelos culturales, de la disminución del aislamiento social de ciertos grupos, y de la separación creciente de las dimensiones esenciales de la acción.” (Dubet y Martuccelli, 2000, p. 96).

Uno de los elementos centrales de este enfoque se refiere a que el análisis de clase pasó de la unidimensionalidad a la multidimensionalidad, en la medida en que la posición de clase se fundaba casi exclusivamente en el rol profesional. Como las sociedades desarrolladas son mayormente asalariadas, esto presenta un problema para la determinación de la condición de clase: o bien todos pertenecen a la clase que vende su fuerza de trabajo, de modo que por abarcativo el concepto pierde fuerza explicativa; o bien, debe reducirse arbitrariamente al grupo que a cambio del salario realiza trabajo productivo o industrial.

De acuerdo con estos autores, la noción de clase social hacía referencia a tres dimensiones en las cuales se habría operado una disolución: 1) la clase en

relación con una posición social, un lugar ocupado en el mercado, una función profesional; 2) la clase como una comunidad de vida, como un estilo de vida y una constitución identitaria; 3) la clase referida a la historicidad, a la dinámica social, es decir, la clase ya no como una estructura, un estrato, sino como un proceso inscripto en la realidad social –en definitiva, la clase en su dimensión de actor social.

Para Dubet y Martuccelli las clases sociales estaban demarcadas por fronteras que eran más lábiles que las que separaban a las categorías de los sistemas previos de estratificación, pero que, de todos modos, integraban comunidades de vida, y estas comunidades de vida explicaban mejor que otras variables –como los ingresos– algunas decisiones y cursos de acción de los individuos –como las prácticas de consumo–. Sin embargo, estas comunidades de vida también estuvieron atravesadas por un proceso de disolución, en la medida en que los “modos de vida” más o menos recortados por fronteras comenzaron a ser desplazados por los “niveles de vida” propios de la sociedad de masas. Con el desarrollo de la educación, con la heterogeneización de las formas familiares de organización, el enraizamiento de individuos provenientes de diferentes socializaciones o modos de vida se debilita, y comienzan a compartir la misma categoría socioprofesional: al tiempo que empieza a tomar forma un espacio social y moral compartido que algunos denominan clases medias, se va desdibujando el esquema polar de grupos opuestos (Dubet y Martuccelli, 2000, pp. 101-103). Este proceso, que el paradigma touraineano considera como una disminución de la distancia social y cultural entre los grupos sociales, es interpretado por autores marxistas como Jameson (1991) o Harvey (1998) como una nueva lógica de dominación del capitalismo en su fase posmoderna, donde el patrón de acumulación se flexibiliza estructurando prácticas de consumo homogéneas a partir de un trabajo de producción de novedades, de dilución de las fronteras entre alta y baja cultura (Dubet y Martuccelli, 2000, p. 104).

El diagnóstico de estos autores sobre el estado de situación de las clases sociales y del análisis de clase es que, a la vez que se desdibujan las fronteras de las clases, se multiplican los criterios de clasificación, en tanto que asumen protagonismo en el análisis los criterios que hacen foco en elementos de autoclasicación (la explicación de clase cede un espacio explicativo a las singularidades de las trayectorias y experiencias individuales) y en elementos culturales como las “culturas juveniles”, las identificaciones de género, las filiaciones deportivas, etcétera.

Finalmente, la revisión posttouraineana de las perspectivas de clase realiza un balance crítico de los paradigmas relacional y gradacional, o, en los propios términos de los autores, de las perspectivas de la dominación y de la estratificación. De acuerdo con su interpretación, la fuerza del análisis de clase residía en que permitía conocer los procesos de dominación social: las oposiciones de clase no expresaban simplemente la distribución diferencial de individuos en una escala de desigualdades –como hemos visto que postula el paradigma gradacional de la estratificación social–. La diversificación de los principios de

dominación y explotación puso en evidencia las dificultades de ese paradigma para el estudio de las diferencias sociales contemporáneas. En definitiva, lo que se habría operado es una separación entre dominación y estratificación: por un lado, actuaría una clasificación que implica estratificación sin dominación –la que desagrega las categorías de clase baja, clase media y clase alta–; y, frente a estas teorías de la estratificación que desdibujan los principios de dominación, las teorías de la dominación pierden de vista a los grupos sociales reales.

La revisión y reformulación de las perspectivas sobre la estratificación social ha producido recientemente en los estudios sociales de las elites un corpus bibliográfico que se enfoca especialmente en los procesos de producción y reproducción de las categorías y grupos de elite.

Una de las preocupaciones recurrentes de esos estudios, heredada en buena medida de los clásicos elitistas, se refiere a la forma en que los grupos de elite consiguen producir y reproducir su posición de privilegio, y en este sentido, al modo en que conservan su legitimidad, sus fundamentos culturales (Shore, 2009, p. 25).

Algunos autores (Cohen, 1981) han mostrado con evidencias empíricas que la legitimidad de los grupos de elite se construye mediante la combinación de intereses particularistas con intereses universalistas, es decir que los grupos dominantes consiguen naturalizar su dominio en la medida en que la reproducción de sus intereses es percibida como la reproducción de los intereses de las mayorías o, en otros términos, en la medida en que consiguen establecer su hegemonía (Gramsci, 1992).

Recuperando para los estudios de las elites el aporte del análisis marxista sobre la relación entre la clase en sí y la clase para sí (Giddens, 1994) –que expresa la preocupación por la relación entre la dimensión objetiva de la clase y su dimensión de articulación política y simbólica–, la bibliografía reciente muestra que los grupos de elite fundan su preeminencia no solo en las relaciones de poder que consiguen producir e inclinar a su favor, sino en la construcción de conciencia, en el autorreconocimiento como grupo (Shore, 2009, p. 26; Boltanski, 1987, p. 10).

El trabajo de Boltanski (1987) sobre los ejecutivos franceses (*cadres*)² permite enfocar la discusión en los mecanismos a través de los cuales se constituyen los grupos y las categorías sociales de elite, prestando atención a los procesos de identificación, integración y simbolización comunes a las trayectorias de dichos grupos. De acuerdo con Monique De Saint Martin, el trabajo de Boltanski permitió desustancializar y hacer una genealogía de esos grupos dirigentes (De Saint Martin, 2002, p. 128). En este sentido, la categoría *cadre* tuvo mucha fuerza en los años 1960 y 1970, pero en la actualidad no es común que los grupos se

2 *Cadre* en Francia se refiere a un estrato social surgido del reacomodamiento de las clases medias y altas entre los años 1930 y 1960, asociado a la conducción y dirección de empresas públicas y privadas.

definan como ejecutivos; es decir, que habría que interrogarse por la fragilidad actual de la cohesión de dicho grupo.

A partir de sus estudios sobre las familias nobles francesas, De Saint Martin muestra que son mucho más frecuentes los trabajos sobre la formación de nuevas elites y grupos dirigentes que los estudios sobre la disolución, sobre el “crepúsculo de los grandes”, sobre los procesos de desagregación, planteando un conjunto de interrogantes muy productivos para el estudio de los grupos de elite. La autora sostiene que los miembros de la nobleza no se definían como tales durante los años 1980 y 1990, situación que suscita la siguiente cuestión: ¿se puede considerar nobles o descendientes de la nobleza a los grupos que no se definen a sí mismos de ese modo, ni son abordados en los relevamientos poblacionales a partir de esas categorías sociocupacionales, ni gozan de los derechos o privilegios jurídicos prerrevolucionarios? (De Saint Martin, 2002). Si en el siglo XIX la nobleza aparece derrotada, tanto en sus tradicionales prerrogativas como en su centralidad en el orden social, es cierto que aún persiste como agrupamiento, aunque sin un nombre legítimo. Sin embargo, en el siglo XX la nobleza ya ni siquiera aparece como grupo. Entonces, ¿cómo abordar el estudio de la nobleza, destronada en la Revolución, inventada y reinventada, pero actualmente disgregada? ¿No se trata acaso simplemente de una creencia? ¿Existe alguna trama de relaciones estables que permita interpretarla como grupo? En definitiva, ¿cómo pensar al mismo tiempo la diversidad del grupo y su relativa unidad, sin caer en una ficcionalización del mismo? (De Saint Martin, 2002, p. 128).

Una respuesta a esta pregunta no puede ser sino el fruto de una indagación empírica encarnada en contextos regionales, nacionales o incluso locales, como lo evidencian los trabajos de Abner Cohen sobre la elite criolla de Sierra Leona, al mostrar que las fronteras grupales de los criollos se producen y reproducen entre un contingente heterogéneo de personas a través de una serie de rituales y celebraciones (bautismos, cumpleaños, velorios, etc.) que, entre otras cosas, siempre dramatizan posiciones de poder (Cohen, 1981, pp. 216-217). En la misma dirección, la incipiente investigación empírica autóctona en torno a grupos de elite en la Argentina (entre otros, Badaró, 2009; Heredia, 2003; Hernández, 2007 y Vecchioli, 2007), si bien abocada a problemáticas muy diversas, comienza a dar respuesta a la pregunta por la producción de la identidad grupal entre individuos de diferentes trayectorias, abriendo un campo de indagaciones todavía por explorar.

Cuando De Saint Martin aborda las prácticas de identificación en la nobleza, nuevamente sitúa una serie de interrogantes clave para un programa de estudios sociales de las elites. Algunos descendientes de la nobleza se identifican con su pasado y sus antepasados nobles, pero otros toman distancia, intentan borrar su pasado, su nombre, buscan dejar de ser interpelados como aristócratas, se recluyen en el anonimato. Otros se ubican en posiciones intermedias, negando su condición de nobles, pero manifestando un estatus diferenciado del resto, “nobles de alma”. Señala que hay que tener en cuenta la san-

ción social –risas, burlas, condena– que pesa sobre la posibilidad de presentarse como noble, con los privilegios que ello implica, y que funciona también como un elemento disuasorio al respecto, en el contexto de una sociedad republicana. Para algunos agentes de familias tradicionalmente nobles, asumir públicamente que la nobleza ha dejado de existir significa encarar una estrategia que les permite conservar algunos de sus privilegios en el escenario de una sociedad republicana. Se trata de su sistema particular de distinción, donde aceptan ser parte de la sociedad negando sus privilegios de linaje pero diferenciándose del resto por sus valores morales –como la generosidad o el desinterés– o por su historia y su temporalidad, o por sus apellidos distinguidos por un “de”. Aparecen nuevos tipos de diferencias evocadas. La confianza que los descendientes de la nobleza tienen sobre sí mismos se relaciona con su larga trayectoria, con su perduración en la historia.

Este programa de estudios de las elites nobles representa un punto de comparación privilegiado para poner en perspectiva las indagaciones sobre las formas de diferenciación actuantes en los países sin pasado noble como la Argentina, o con un pasado imperial de muy corta duración como Brasil, cuyas estructuras de dominación producen y reproducen posiciones de clase dominante y grupos de elite específicos. Las preguntas por los principios de distinción, de integración y diferenciación operantes en las nuevas y viejas formas de estratificación social en las sociedades latinoamericanas (entre otros, Lima, 2008 y Heredia, 2009) adquieren toda su especificidad histórica y sociológica si se las analiza comparativamente en el marco de estudios sobre otras configuraciones sociales como las europeas que investiga De Saint Martin.

En el programa para el estudio sociológico de las elites que dibuja la autora, un punto interesante a tomar en cuenta se refiere a su señalamiento crítico respecto de la impronta reproductivista en el estudio del *habitus* de clase presente en el enfoque de Bourdieu, y especialmente en las investigaciones de sus discípulos y colaboradores sobre los grupos de elite. De acuerdo con De Saint Martin, no debemos interrogarnos “solamente sobre la composición, la formación o la reproducción de las elites sino cada vez más sobre el desarrollo de nuevas formas de legitimación y de nuevas tecnologías de poder, tanto como de una nueva retórica. La reestructuración de las elites en torno de principios de legitimación más técnicos no excluye la utilización de antiguas ventajas; el poder de los expertos no reposa sólo sobre la competencia, los diplomas o la ciencia. Son las contradicciones entre la legitimidad reivindicada en nombre de principios universales y los modos de legitimación objetivamente puestos en práctica las que ahora demandan ser analizadas como así también las operaciones de construcción de nuevos principios de justificación” (De Saint Martin, 2001, p. 72).

La fuerza heurística de esta perspectiva en el contexto autóctono, con sus particularidades en la estructuración de su sistema de diferencias sociales, debe ser calibrada comparativamente, prestando especial atención a las transformaciones recientemente acontecidas. En este sentido, vale la pena adelantar

aquí que consideramos muy productiva para el análisis de la estructura social argentina contemporánea la categoría de “reconversión”—que De Saint Martin recupera del repertorio bourdieuano—, en la medida en que puede iluminar mejor que la categoría de reproducción social los cambios que se operan en las capas superiores.³ Si esto es así, la noción de reconversión podría facilitar el análisis de los mecanismos capilares, microsociológicos, mediante los cuales los estratos sociales enriquecidos recientemente intentan consolidar su nueva posición social a través de la acumulación de capital social y simbólico.

Pero mirándonos en el espejo de la trayectoria seguida por las elites nobles, que intentaban convertir su capital social y simbólico en capital cultural y económico (De Saint Martin, 2002), podemos preguntarnos si esa lógica no se invierte en el marco de las transformaciones recientes acontecidas en las camadas superiores argentinas, donde se observa la convivencia de formas tradicionales con formas emergentes de clase alta (Heredia, 2009); pero, a diferencia de lo observado por De Saint Martin para la nobleza francesa, aquí serían los grupos recientemente enriquecidos los que buscan y eventualmente consiguen consolidar sus trayectorias de ascenso social y de acumulación de capital económico a partir de la reconversión de dicho capital en prestigio y capital simbólico.⁴

Haciendo un balance de la literatura sobre elites y sobre clases sociales desarrollada en el siglo XX, un conjunto de autores (entre otros, Froud, Savage, Tampubolon y Williams, 2006) sostienen que hay que superar dos tendencias analíticas que dificultan el programa de estudios de las elites para el siglo XXI: por un lado, las perspectivas que parten del supuesto de que la existencia de las elites se explica como una supervivencia premoderna, como residuo que resiste a la modernización; por otro, las perspectivas que conceptualizan a las elites como cuerpos perfectamente integrados, círculos cerrados que ejercen el poder y el control social articuladamente.

Inspirados, entre otras cosas, en los señalamientos que Bauman y otros realizaban por los años 1980 a propósito de una nueva forma de diferenciación entre masas locales y elites globales, los autores proponen para la agenda de

3 En este sentido, se ha señalado que, al calor de la moda-Bourdieu que se extendió en el medio académico de la Argentina (y posiblemente de otros países), un conjunto de interpretaciones y exégesis de la obra de este autor ha exacerbado el carácter reproductivista de su sistema conceptual. Sin embargo, como sostiene Pablo Semán, “a esta altura de los acontecimientos, ni el reproductivismo es sólo el nombre del ‘problema’ de Bourdieu (muchas veces justamente señalado), ni Bourdieu es tan solo un reproductivista (algo totalmente olvidado). Hay explicaciones reproductivistas que parten de Bourdieu, pero lo conjugan con sociologías menos autoconscientes de sus compromisos normativos, y son peores. Hay críticas a Bourdieu que son tan banales y superficiales como su utilización como caballo de batalla. Entonces, cuando hablo de reproductivismo me refiero, centralmente, al carácter de círculo de hierro que se les da a explicaciones basadas en la dialéctica, parcialmente innegable, entre lo que se inculca y lo que se solicita socialmente” (Semán, 2006, p. 178).

4 Esta interrogación ha tenido algún grado de acogida en diversos trabajos que enfocaron su interés en torno a los espacios de socialización y sociabilidad de estas categorías emergentes (entre otros, Svampa, 2001 y Podestá, 2009).

investigación el estudio empírico de la fluidez, la complejidad y la internacionalización de las elites, las redes a través de las cuales se articulan, teniendo en cuenta los vínculos entre diferentes instituciones locales y globales.

Estos autores, suman su voz a las críticas contra la teoría de las clases sociales de Bourdieu, recalcando que, al estructurarse sobre la noción de recursos o capital más que sobre la posición sociocupacional, el análisis bourdieuano deriva las clases del control de los recursos, con lo cual aparece el problema de que cualquier elemento que pueda estar en disputa, o que pueda ser movilizador del éxito personal, es susceptible de ser definido, *a posteriori* y *ad hoc*, como capital. Finalmente, y en sintonía con los señalamientos de De Saint Martin, la productividad de la perspectiva bourdieuana para el análisis de las elites y las clases altas dependería de la posibilidad de conjurar sus inclinaciones funcionales, evitando la imagen de unas clases dominantes que aparecen retratadas como eficaces y competentes artífices de la reproducción de sus privilegios.

Finalmente, un aporte interesante para la discusión abordada en el presente artículo se refiere a la propuesta de poner en tela de juicio la frecuente identificación entre los ricos y la clase alta o clase capitalista, en la medida en que no toda desigualdad implica estructuración de clase (Kingston, 2000, p. 159). En este sentido, la evidencia estadística mostraría que la posición de elite, es decir, el control diferencial de un determinado recurso, no expresa ni la cohesión ni la identidad demográfica propias del concepto de clase (Kingston, 2000, p. 160), especialmente si se toma en cuenta que muchas de las definiciones de clase parten de la relación con la propiedad, con el consecuente problema de la vasta heterogeneidad existente en la amplia gama de propietarios en las sociedades capitalistas (Kingston, 2000, p. 161).

Para concluir, consideramos provechoso el señalamiento de Goldthorpe quien sostiene, en un trabajo abocado a discutir los cambios en el grado de determinación del clivaje de clase sobre las opciones políticas de los ciudadanos en las democracias de los países desarrollados, que, aun en caso de que ese clivaje manifieste de manera más dudosa y ambigua una estructura de afinidades con las opciones políticas, resulta imperioso encarar un trabajo de revisión de la noción de clase, de manera de poner en valor su poder explicativo, pero a través de una concienzuda tarea de operacionalización que lo torne receptivo de las nuevas dinámicas sociales e históricas (Goldthorpe, 2001, pp. 117-118).

CONSIDERACIONES FINALES

En este trabajo hemos procurado recortar ciertos ángulos de visión para el estudio de las capas superiores y de las elites en las sociedades contemporáneas.

En esta dirección, intentamos mostrar cómo las perspectivas clásicas sobre las clases sociales pueden expresar diversas matrices de diferenciación social y disímiles representaciones de la totalidad social, que dependen de que las

diferencias se conciban como cuantitativas –de grado– o bien como cualitativas, estructurantes de posiciones que se definen recíprocamente.

Estas matrices de la diferenciación social han inspirado revisiones y reelaboraciones de los modelos clásicos del análisis de clase, alumbrando herramientas que siguen produciendo conocimientos relevantes sobre la totalidad social y sobre las clases privilegiadas en particular. En este sentido, deseamos subrayar el aporte de las revisiones de la perspectiva de clase porque habilitan un ángulo de análisis de los fenómenos sociales que parte de la premisa de la existencia de un sistema de relaciones más o menos regulares que operan algún grado de determinación sobre las acciones individuales o grupales, ya sea que enfatecemos la dimensión económica o la dimensión cultural y simbólica.

El trabajo ha procurado, a su vez, elaborar una problematización de los elementos centrales de la perspectiva de las elites sociales. Retomando los análisis de los clásicos elitistas, así como las reformulaciones operadas desde los estudios contemporáneos, hemos puesto de relieve las potencialidades de la perspectiva de elite como dispositivo de análisis de los fenómenos y procesos que acontecen en las camadas superiores de la estructura social contemporánea. Por este camino, tratamos de mostrar un enfoque capaz de analizar el modo en que las elites sociales consiguen reproducirse o, por el contrario, reconvertirse o disolverse, prestando atención no solo al componente material –los recursos que son capaces de movilizar a su favor– sino al componente simbólico, referido a su lucha por conquistar la hegemonía, es decir, por presentar sus intereses como los del colectivo en su conjunto.

Finalmente, podemos interrogarnos sobre el valor analítico de la perspectiva de clase y del análisis de las elites para el estudio de los estratos superiores en un contexto social y académico en que se multiplican los vectores de diferenciación social y los conflictos sociales. En buena medida, el presente artículo ha intentado demarcar algunas coordenadas a partir de las cuales aproximarnos a una posible respuesta: si, por un lado, la perspectiva de clase pone a nuestra disposición una hipótesis de totalidad que permite un abordaje integrador, donde los fenómenos que acontecen en la cúspide social pueden ser explicados en términos de su estructura de relaciones con otras fracciones de clase, por otro lado, la perspectiva de las elites habilita un dispositivo de análisis muy útil para explicar la dinámica de determinados grupos de poder a partir de una hipótesis de autonomía relativa, la cual permite estudiar los procesos y mecanismos de producción, reproducción y descomposición de los grupos de elite, así como los trayectos de ascenso o descenso individual y grupal, la acumulación de capitales y las diferentes formas de reconversión y legitimación de los mismos.

Por último, concluimos el presente artículo sugiriendo que la productividad de estos ángulos de análisis solo podrá calibrarse por completo a partir del abordaje empírico de los fenómenos sociales concretos, elaborados como objetos de investigación cuya naturaleza determinará en buena medida cuál será la o las perspectivas analíticas más adecuadas para su estudio.

BIBLIOGRAFÍA

BADARÓ, Máximo (2009), *Militares o ciudadanos. La formación de los oficiales del Ejército Argentino*, Buenos Aires, Prometeo.

BELL, Daniel (1986), *El advenimiento de la sociedad post-industrial: un intento de prognosis social*, Madrid, Alianza.

BOLTANSKI, Luc (1987), *The making of a class. Cadres in French Society*, Cambridge, Cambridge University Press.

BOTTOMORE, Tom (1965), *Minorías selectas y sociedad*, Madrid, Gredos.

BOURDIEU, Pierre (1990), “Espacio social y génesis de las clases”, en Pierre BOURDIEU, *Sociología y cultura*, México D.F., Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Editorial Grijalbo

----- (1991), *El sentido práctico*, Madrid, Taurus.

----- (1997), “Espacio social y espacio simbólico”, en Pierre BOURDIEU, *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Alfaguara.

BURNHAM, James (1945), *Los maquiavelistas: defensores de la libertad*, Buenos Aires, Emecé.

CLARK, Terry y Seymour LIPSET (2001), “Are social class dying?”, en Terry CLARK y Seymour LIPSET, *The breakdown of class politics. A debate on post-industrial stratification*, Washington, Woodrow Wilson Center Press.

COHEN, Abner (1981), *The politics of elite culture. Explorations in the dramaturgy of power in a modern african society*, Londres, University of California Press.

CORCUFF, Philippe (2009), “Pierre Bourdieu (1930-2002) leído de otra manera. Crítica social post-marxista y el problema de la singularidad individual”, en *Cultura y representaciones sociales*, año 4, n° 7, México D.F., Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, septiembre. Disponible en: <http://www.culturayrs.org.mx/revista/num7/Corcuff09.pdf>

DAHRENDORF, Robert (1979), *Las clases y su conflicto en la sociedad industrial*, Madrid, Rialp.

DE SAINT MARTIN, Monique (2001), “¿Reproducción o recomposición de las élites? Las élites administrativas, económicas y políticas en Francia”, en *Anuario IEHS*, n° 16, Tandil (Pcia. de Buenos Aires), Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.

----- (2002), “Coeção e diversificação: os decedentes da nobreza na França do final do século XX”, en *Mana*, vol. 8, n° 2, Río de Janeiro, Programa de Pós-Graduação em Antropologia Social (PPGAS-Museu Nacional).

DEL CUETO, Carla y Mariana LUZZI (2008), *Rompecabezas. Transformaciones en la estructura social argentina (1983-2008)*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional-UNGS.

DUBET, François y Danilo MARTUCHELLI (2000), *¿En qué sociedad vivimos?*, Buenos Aires, Losada.

DUMONT, Louis (1987), *Homo Hierarchicus. Ensayo sobre el sistema de castas*, Madrid, Aguilar.

ELIAS, Norbert (1993), *El proceso de la civilización: investigaciones socio-genéticas y psicogenéticas*, Buenos Aires, FCE.

FEITO ALONSO, Rafael (1997), *Estructura social contemporánea. Las clases sociales en los países industrializados*, Madrid, Siglo XXI.

FROUD, Julie, Mike SAVAGE, Gindo TAMPUBOLON y Karel WILLIAMS (2006), "Rethinking elite research", en *CRESO Working Paper Series*, n° 12, Manchester, Centre for Research on Socio-Cultural Change (CRESO), The University of Manchester. Disponible en <http://www.archive.cresc.ac.uk/documents/papers/wp12.pdf>

FURBANK, P. N. (2005), *Un placer inconfesable o la idea de clase social*, Buenos Aires, Paidós, pp. 33.

GIDDENS, Anthony (1994), *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*, Madrid, Alianza Universidad.

----- (2006), *La constitución de la sociedad*, Buenos Aires, Amorrortu.

GOLDTHORPE, John (1987), *Social mobility and class structure in modern Britain*, Oxford, Clarendon Press.

----- (1992), "Sobre la clase de servicio, su formación y su futuro", en *Revista Zona Abierta*, n° 59-60, Madrid, Fundación Pablo Iglesias.

----- (2001), "Class and politics in advanced industrial societies", en CLARK, Terry y LIPSET, Seymour, *The Breakdown of Class Politics. A Debate on Post-Industrial Stratification*, Woodrow Wilson Center Press, Washington.

----- (2007), *On Sociology. Volume Two*, Stanford, Stanford University Press.

----- (2008), "Two oppositions in studies of class: a reflection", en Annette LAREAU y Dalton CONLEY (comps.), *Social class: how does it work?*, Nueva York, Russell Sage Foundation.

GOLDTHORPE, John y R. ERIKSON (1992), *The constant flux: a study of class mobility in industrial societies*, Oxford, Clarendon Press.

GOLDTHORPE, John y Tak Wing CHANG (2007), "Class and status: the conceptual distinction and its empirical relevance", en *American Sociological Review*, 72, 4, Washington, American Sociological Association.

GRAMSCI, Antonio (1992), *Antología*, México D.F., Siglo XXI.

HARVEY, David (1998), *La condición de la posmodernidad: investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Buenos Aires, Amorrortu.

HEREDIA, Mariana (2003), "Reformas estructurales y renovación de las elites económicas en Argentina: estudio de los portavoces de la tierra y del capital", en *Revista Mexicana de Sociología*, n° 1, Año LXV, México D.F., Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, pp 77-115.

----- (2009), "Ricos estructurales y nuevos ricos en la Ciudad de Buenos Aires. Primeras pistas conceptuales y empíricas", ponencia en *Congress of the Latin American Studies Asociation (LASA)*, Rio de Janeiro, Brasil, 11-14 de junio.

HERNÁNDEZ, Valeria (2007), "El fenómeno económico y cultural del boom de la soja y el empresariado innovador", en *Desarrollo Económico-Revista de Ciencias Sociales*, vol. 47, n° 187, Buenos Aires, Instituto de Desarrollo Económico y Social.

JAMESON, Frederic (1991), *El postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Buenos Aires, Paidós.

KINGSTON, Paul (2000), *The classless society*, Stanford, Stanford University Press.

LIMA, Diana Nogueira de Oliveira (2008), *Sujeitos e objetos do sucesso: antropología do Brasil emergente*, Rio de Janeiro, Garamond.

LUKÁCS, Georg (1969), *Historia y conciencia de clase*, México D.F., Grijalbo.

MILIBAND, Ralph (1991), *El Estado en la sociedad capitalista*, México D.F., Siglo XXI.

PAKULSKI, Jan (2005), "Foundations of a post-class analysis", en Eric Olin WRIGHT (ed.), *Approaches to class analysis*, Cambridge, Cambridge University Press.

PAKULSKI, Jan y Malcom WATERS (1996), *The dead of class*, Londres, Sage Publications.

PARKIN, Frank (1984), *Marxismo y teoría de clase. Una crítica burguesa*, Madrid, Espasa-Calpe.

PODESTÁ, Diego (2009), "Clubes de elite. Sociabilidad privilegiada del tiempo libre", ponencia en *XXVII Congreso del ALAS*, Buenos Aires.

POULANTZAS, Nicos (1977), *Las clases sociales en el capitalismo actual*, Madrid, Siglo XXI.

SEMÁN, Pablo (2006), “Ni demonios ni desiertos”, en Pablo SEMÁN, *Bajo Profundo. Exploraciones descentradas sobre cultura popular y masiva*, Buenos Aires, Editorial Gorla.

SHORE, Cris (2009), “Hacia una antropología de las elites”, en *Etnografías Contemporáneas*, año 4, n° 4, Buenos Aires, Centro de Investigaciones Etnográficas, Escuela de Humanidades de la UNSAM [Traducción de “Towards an anthropology of elites”, en Cris SHORE y Stephen NUGENT (comps.), *Elite cultures: anthropological perspectives*, Londres y Nueva York, Routledge, 2002.

SVAMPA, Maristella (2001), *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*, Buenos Aires, Biblos.

THOMPSON, Edward Palmer (1989), *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica.

TOURAINE, Alain (1969), *La sociedad post-industrial*, Barcelona, Ariel.

VECCHIOLI, Virginia (2007), “Derechos Humanos y compromiso militante. Un recorrido por la constitución de esta causa a través del activismo de los profesionales del derecho”, en *Etnografías contemporáneas*, Año 1, n° 3, Buenos Aires, Centro de Investigaciones Etnográficas, Escuela de Humanidades de la UNSAM.

VISACOVSKY, Sergio y Enrique GARGUIN (2009), “Introducción”, en Sergio VISACOVSKY y Enrique GARGUIN (comps.), *Moralidades, economías e identidades de clase media. Estudios históricos y etnográficos*, Buenos Aires, Antropofagia.

WEBER, Max (1996), *Economía y sociedad*, México D.F., FCE.

WEININGER, Elliott (2005), “Foundations of Bourdieu’s class analysis”, en Eric Olin WRIGHT (ed.), *Approaches to Class Analysis*, Cambridge, Cambridge University Press.

WRIGHT, Eric Olin (1978), *Class structure and income inequality*, Nueva York, Academic Press.

----- (1992), “Reflexionando una vez más sobre el concepto de estructura de clases”, en *Revista Zona Abierta*, n° 59-60, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, pp. 17-73.

----- (1994), *Clases*, Madrid, Siglo XXI.

----- (1997), *Class counts: comparative studies in class analysis*, Cambridge, Cambridge University Press.

----- (2005), "Foundations of a neo-marxist class analysis", en Eric Olin WRIGHT (ed.), *Approaches to class analysis*, Cambridge, Cambridge University Press.

----- (2008), "Logics of class analysis", en Annette LAREAU y Dalton CONLEY (comps.), *Social Class: How Does It Work?*, Nueva York, Russell Sage Foundation.

----- (2009), "From Grand Paradigm Battles to Pragmatist Realism: Towards an Integrated Class Analysis", paper presentado en la conferencia *Comprehending Class*, Johannesburgo (Sudáfrica), University of Johannesburg, junio.

WRIGHT MILLS, Charles (1978), *La Elite del Poder*, México D.F., FCE.

RESUMEN

El presente artículo procura poner en consideración algunos elementos analíticos, presentes tanto en los estudios sociales de las élites como en las perspectivas sobre las clases sociales, que representan un aporte para la investigación de los procesos de estratificación social en general, y de los estratos superiores en particular.

En esta dirección, se analizan los supuestos de los cuales derivan las dos principales perspectivas de clase, la relacional y la gradacional, así como las diferentes revisiones y reelaboraciones desarrolladas a lo largo del siglo XX. Por otro lado, se aborda críticamente el aporte de la perspectiva clásica de las élites y de algunos intentos de articulación entre dicho enfoque y la perspectiva de clase.

El artículo concluye considerando algunas problematizaciones desarrolladas dentro de la bibliografía reciente sobre élites, con el fin de recuperar ciertos elementos analíticos valiosos para el estudio de los estratos superiores. En este sentido, intenta resaltar el aporte de los enfoques que procuran articular la dinámica de la reproducción con las de la recomposición e incluso disolución, operantes entre los grupos de elite y los estratos superiores.

ABSTRACT

The present article tries to take some analytical elements from elite's social studies and social class perspectives' into consideration, as they represent a contribution to the investigation into social stratification processes in general, and upper strata in particular.

In that way, this work analyses the assumptions that supports the main class perspectives, the relational and the gradational ones, as well as the different revisions and reelaborations developed around the 20th century.

The article concludes dealing with some problematization developed by the recent elite's bibliography, in order to recover some analytical elements valuable to upper strata studies. In that sense, it tries to highlight the contribution of the approaches that articulate reproduction with recomposition and dissolution dynamics, between elite groups and upper strata.

PALABRAS CLAVE

ESTRATIFICACIÓN SOCIAL
 CLASES SOCIALES
 ELITES
 ESTRATOS SUPERIORES

KEY WORDS

SOCIAL STRATIFICATION
 SOCIAL CLASS
 ELITES
 UPPER STRATA